



se

# NUEVA ATLANTIDA

FRANCIS BACON



El filósofo inglés Francis Bacon imagina una sociedad regida por los frutos de la ciencia: no existen políticos ni burócratas, sólo quienes descuellan en alguna ciencia participan de la toma de decisiones, una idea socialista de una sociedad en la que los «científicos» todavía no habían defraudado las expectativas de los humanistas.



Francis Bacon

# Nueva Atlántida

ePub r1.1  
Titivillus 10.02.19

Título original: *New Atlantis*  
Francis Bacon, 1627  
Traducción: Mario Montalbán  
Ilustración: *Atlantis*, Lowell Hess, 1970

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0



## Introducción

La idea de utopía es esencialmente moderna. Damos a la palabra «moderna» un significado de calidad, no de tiempo. Moderno es el hombre que piensa con su cerebro, no por inspiración y autorización de una autoridad religiosa o política. El primer ejemplo de utopía es la República de Platón, pensada y escrita mucho antes de la época que nosotros, por uso de la cronología, llamamos moderna. La *República* es del siglo IV a. C., y no obstante es moderna porque todo lo que entra en el espíritu griego es moderno, o sea libre de toda autoridad religiosa o política. La mente humana no sólo encuentra su carácter de modernismo, es decir, la facultad de pensar individual e independientemente, más que en el tiempo que nosotros por uso de la cronología denominamos moderno. Entonces, este cambio normal toma otro nombre, más natural, más universal: se llama Humanismo. Pero el significado es el mismo. Humanismo es solamente la dignidad recobrada del hombre, que a su vez es tan sólo la libertad de pensar con el propio cerebro. Esta libertad se encendió por primera vez en Grecia y la iluminó, y no volvió a encenderse en el mundo más que con el Humanismo.

Singular la posición de Grecia... esta isla mental. Mucho antes que ella, detrás de ella, a su alrededor, todo fue distinto: todo fue «teocrático». Sólo ella es humana y tan aislada y solitaria en su sola humanidad que parece una verdadera excepción, como un afortunado error en medio de la triste norma, al acostumbrado vacío.

La mente griega no pierde su carácter excepcional, ni se vuelve natural y común a todos más que en los tiempos modernos. Entonces, se amplía, se propaga, se desenvuelve. Se extiende a toda Europa. Se dilata poco a poco a todo el mundo. Se difunde hasta el cabo extremo de África, de Islandia, de la Pata-gorila. Y si a esta Grecia mayor y universal le toca de vez en cuando el peso y el sacrificio de una guerra médica, no conoce al menos la angustia que precede a Maratón, puesto que tan compenetrada está hoy la mente griega con la vida del hombre, tan arraigada está en todas las partes del Universo, que ya no teme ser nuevamente aplastada.

La utopía vuelve concreto y plástico el anhelo antiquísimo y difuso de una vida mejor. El sentimiento de utopía precede a la misma utopía. Mientras que el hombre está dominado por fuerzas superiores y oscuras, la idea de una vida mejor reside en dos lugares igualmente muy alejados del presente: en los principios del mundo y en los finales de la vida. Así se explican el optimismo, los mitos cosmogónicos y las prefiguraciones de vida más allá de la muerte. Para el hombre dominado por fuerzas superiores y oscuras, la mejor vida fue y será, estando excluido que sea.

Un día la idea de la vida mejor abandona las opuestas y lejanas fronteras de la vida y se sitúa en el presente. Muy pronto el hombre se libera de las fuerzas

superiores y oscuras. Esta es la diferencia entre los paraísos terrestres y celestes y la utopía.

La utopía es la forma «presente» de la Edad del Oro, del Edén, del Krita-yuga; es la forma tangible y humana del paraíso. Esto no significa que la vida mejor, aunque sea transferida desde los confines nebulosos del mundo al presente sea más fácil y accesible a todos. Aunque fuese por hechicería, aún se oponen grandes obstáculos todavía al logro de la felicidad. Aunque presente, el país de una vida mejor es *utopía*, o sea «en ninguna parte».

La utopía no se ciñe a la teoría, sino que intenta la práctica. Tommaso Campanella se propone edificar la Ciudad del Sol sobre una colina de Calabria, Étienne Cabet experimenta en las praderas de Texas la Colonia Icariana. Pero fracasan ambos.

Era a nuestro tiempo al que le tocaba ver la actuación práctica de la utopía.

La utopía es un paraíso que el hombre fabrica por sí mismo, sin ayuda sobrenatural. Hablemos claro. En el concepto teocrático de la vida, el hombre no debe ser feliz en el presente. Tuvo ya la felicidad al principio de los tiempos, volverá a gozarla más allá del tiempo, pero «en el tiempo» se le niega la felicidad. ¿Por qué tan extraña injusticia? ¿Por qué esos oscuros celos? Bajo el régimen teocrático el hombre puede recordar la felicidad, puede esperarla, pero no puede poseerla.

La deducción es sencilla: el que quiere la felicidad debe olvidar la teocracia. Esto hace el Humanismo. Porque el Humanismo también es una forma de felicidad. Es «ante todo» una forma de felicidad «terrenal». La felicidad más elevada, más pura, más orgullosa. La felicidad de sentirse único árbitro de sí mismo. Destino limitado, pero encerrado en nuestro puño.

Dios le pide al hombre facultades de soñador. Dios quiere que el hombre sea poeta. Y de esto surgen situaciones paradójicas. Resulta que los verdaderos divinos somos nosotros que en realidad no somos divinos, si bien vivimos en una condición de divinidad, o sea, más en la fantasía que en la realidad, más en el pasado y en el futuro que en el presente, más en lo que no es que en lo que es.

Bajo el régimen teocrático, el hombre está más inspirado, es más «grande». Dante y Miguel Ángel tienen más prestancia que Charles Darwin y Sigmund Freud.

Hemos reflexionado largamente sobre la grandeza de las obras llenas del «aliento sobrehumano».

¿Es ésta la grandeza del hombre? ¿Acaso es ésta la obra del hombre? ¿Tal vez es éste el destino del hombre?

En lo que respecta a nosotros, hemos hecho nuestra elección: hace tiempo que renunciamos a «aquella» grandeza, sin lamentarlo en absoluto. Lo mismo que nosotros ahora, quizás algún día todos considerarán a «aquella» grandeza como un sueño pueril y monstruoso.

¿Quién comprende esta aproximación? Infancia y monstruosidad se dan la mano y yo no pienso de manera distinta sobre mi infancia, si no es como la época de los

monstruos. La vida es una larga lucha contra el monstruo, en los hombres superiores es una lucha iluminada por la victoria.

«Ciudad del Hombre». La Utopía conserva algunas cualidades de la Ciudad de Dios. Como su inaccesibilidad. Como el pudor que la rodea. Un día, el hombre no se contentó con las promesas y decidió obrar por sí mismo. Pero en esta creación propia, el hombre, por rutina, por emulación, imitó a Dios. En la Utopía hay aún algo sagrado. Algo que no se debe tocar, algo que no se puede alcanzar. ¿Hay algo prohibido en la Utopía?

Un día, el hombre no se contentó con la felicidad recordada, con la felicidad esperada, y quiso conquistar la felicidad presente. La Utopía es el modelo de la felicidad presente. La señal de que es posible la felicidad presente. ¿No basta esto para echar sobre la Utopía la sospecha de herejía?

Es necesario olvidar el significado de algunas palabras, darle vuelta como se gira la piel sobre el cuerpo rosáceo y azulado del cordero. La Utopía es la creación de los hombres prácticos, de los hombres que miran al presente, de los hombres que adoran en el presente al «más potente numen». Aclaremos las cosas: la Utopía *no es la creación de los utópicos*.

Deseo de todo corazón la edificación de la Utopía. No para mí sino para los demás. ¿Qué felicidad puedo sacar del presente? No veo el presente. No conozco el presente. El presente se me escapa. Que se nos consienta decir, con el máximo respeto, y en un sentido muy distinto: nuestro reino no es de este mundo. Que se nos consienta añadir que si todos los hombres fueran semejantes a nosotros, o sea «hombres sin presente», rivalidades y luchas, todos los dramas, todos los dolores que de ello se derivan, cesarían de repente, porque el campo de batalla del mundo no es el pasado ni el futuro, ni la memoria ni la esperanza, sino el Presente.

En la edificación de las primeras utopías, el hombre conservó parte del «estilo de Dios».

En torno a esta construcción excelentemente humana, ¿por qué esta aura «más que humana»?

Con el paso del tiempo, el divino pudor, como una muralla que rodea a Utopía palidece, aunque no desaparece. Si algunas formas de colectivismo pueden considerarse como colosales utopías en acción, a su alrededor sigue existiendo la muralla del pudor, la muralla de la defensa.

Alberto Savinio

## **Nueva Atlántida**

Redactada en 1624, dos años antes de la muerte de Bacon, y publicada en 1627, la obra es una utopía inspirada en la *Ciudad del Sol* de Campanella, pero se aparta un

tanto de ésta en su concepción teocrática y adquiere un neto corte renacentista: Bacon no se inclina por una especie de socialismo como Campanella, sino más bien por un estado tecnocrático donde las conquistas de la ciencia puedan otorgar la felicidad y la paz. También se aparta de la *Ciudad del Sol* en su estilo, ya no hay un diálogo seco, sino una búsqueda literaria, una descripción que va más allá de las ideas expuestas. Y también carece de una jerga —la astrológica— que dificulte su lectura, lo cual explica su éxito posterior.

El argumento es simple: una tripulación va camino de China y Japón por la ruta del Mar del Sur, topándose con una isla poblada por cristianos convertidos en su día por san Bartolomé: es Nueva Atlántida, quien acoge a los viajeros provisionalmente.

No abundaremos en su argumento, pero destacaremos que en Nueva Atlántida no hay políticos ni burócratas, ni menos discursos y elecciones. Un ecléctico gobierno de técnicos se ocupa del bienestar de sus súbditos, un concepto ingenuo, cuando hemos visto cómo los científicos han defraudado repetida y a veces cruelmente las esperanzas depositada en ellos por los humanistas.

# NUEVA ATLÁNTIDA

Cuando zarpamos de Perú, en donde habíamos permanecido por espacio de un año, hacia China y Japón, por el Mar del Sur, llevamos con nosotros vitualla para doce meses y tuvimos buenos vientos del este, algo débiles, durante cinco meses y aun más. Pero entonces la dirección del viento cambió y sopló desde el oeste durante muchos días, de manera que apenas pudimos avanzar, y algunas veces tuvimos la tentación de emprender el regreso.

Pero pronto se levantaron fuertes y grandes vientos del sursureste que nos arrastraron —a pesar de nuestros esfuerzos— hacia el norte; para este entonces nos faltaron los víveres, aunque bien los habíamos economizado. Así que hallándonos en el mayor desierto de aguas en el mundo, sin víveres, creímos estar perdidos y nos preparamos para la muerte. Sin embargo elevamos nuestros corazones y voces al Dios de los cielos, que «mostró sus milagros en las aguas», implorando de su misericordia que así como en el principio descubrió la faz de las aguas y creó la tierra, así descubriese tierra para nosotros, a fin de que no pereciésemos.

Y sucedió que al día siguiente, hacia el atardecer y algo al norte, vimos aparecer ante nosotros nubes espesas, lo que aumentó la esperanza de hallar tierra, ya que sabíamos que esa parte del Mar del Sur era completamente desconocida y podría contener islas o continentes hasta hoy no descubiertos, así que viramos hacia allí donde creímos ver algo que parecía tierra, toda esa noche. Y al amanecer del siguiente día pudimos discernir claramente que era tierra, chata a nuestros ojos y cubierta de bosques, lo que la hacía aún más oscura.

Navegamos otra hora y media y, a poco, encontramos un buen fondeadero, el puerto de una bella ciudad, no grande, por cierto, pero bien construida y que ofrecía un agradable panorama, observada desde el mar; y como cada minuto que pasaba para llegar a tierra nos parecía muy largo, nos aproximamos a la costa, alistándonos a desembarcar. De inmediato vimos, no obstante, varias gentes con bastones en sus manos, como si nos prohibieran el desembarco, aunque —sin embargo— sin gritos hostiles, sino como advirtiéndonoslo por señas. Entonces, sintiéndonos no poco incómodos, resolvimos entre nosotros lo que debíamos hacer.

En tanto, botaron hacia nosotros una pequeña lancha, con cerca de ocho personas; una de ellas tenía en su mano una vara de justicia, de caña amarilla guarnecida de azul en sus extremos. El hombre subió a nuestro barco sin muestra alguna de desconfianza, y cuando vio a uno de nosotros presentarse a sí mismo y destacando del resto, extendió hacia él un pequeño rollo de pergamino —algo más amarillento que nuestro pergamino y que brillaba como las hojas de las tablillas de escribir—, suave y flexible, y se lo entregó al que estaba al frente de nosotros.

En dicho rollo estaban escritas en hebreo y griego antiguos, en buen latín escolástico y en inglés estas palabras:

«No desembarquéis ninguno de vosotros: disponeos para marcharos de estas costas en el plazo de dieciséis días, a menos de que os sea concedido más tiempo. Mientras tanto, si deseáis agua dulce, o vituallas, o auxilio para vuestros enfermos, o si vuestro barco necesita repararse, escribid lo que necesitáis y tendréis lo que corresponda a la misericordia».

Este rollo estaba firmado sobre un sello con querubines, con alas no extendidas sino colgando hacia abajo y junto a ellas una cruz.

El oficial nos lo entregó y regresó, dejando con nosotros a un sirviente para recibir nuestra respuesta. Nos consultamos entre nosotros, y estábamos muy perplejos. La negativa de desembarco y la advertencia de que nos alejáramos nos preocuparon mucho; por otro lado, saber que esta gente poseía lenguas y estaba tan llena de benevolencia nos llenó de alegría. Y, sobre todo, el signo de la cruz en aquel documento fue para nosotros un signo de buenaventuranza, como el presagio de algo bueno.

Respondimos en lengua inglesa: en cuanto a nuestro barco todo estaba bien, pues habíamos topado con vientos suaves y contrarios, más bien que con tempestades; en cuanto a nuestros enfermos, eran muchos y algunos en grave estado; de modo que si no se les permitía desembarcar, corrían peligro sus vidas.

Escribimos también otras necesidades, añadiendo que teníamos algunas mercancías que, si deseaban aceptarlas, servirían para cubrir nuestras necesidades sin ser una carga para ellos.

Luego ofrecimos al sirviente una recompensa en doblones, y una pieza de terciopelo carmesí para el oficial, pero el sirviente no las tomó, y casi ni las miró.

Entonces nos dejó y regresó en otro bote pequeño que se le había enviado.

Unas tres horas después de que hubimos despachado nuestra respuesta, vino hacia nosotros una persona al parecer de rango. Vestía una toga de anchas mangas, como de pana, de un hermoso color azul, mucho más brillante que el nuestro; debajo llevaba ropas verde y también lo era su sombrero, en forma de turbante, finamente confeccionado y no tan grande como los turcos. Las ondas de su rizado cabello caían por debajo. Tenía aspecto de persona venerable.

Llegaba en un bote, dorado en parte, con sólo otras cuatro personas más en él, seguido de otro bote, en el que había unas veinte. Cuando hubo llegado a distancia de tiro de arco de nuestra nave, se nos hicieron señas de que deberíamos enviar algunos de nosotros a su encuentro en las aguas, lo que hicimos en seguida en nuestro bote, enviando al segundo de a bordo y cuatro marineros. Cuando hubimos llegado a cinco

metros de su bote, nos hicieron indicaciones de que permaneciésemos allí sin acercarnos más; y así lo hicimos.

Entonces, el hombre que describí antes se puso de pie y, en alta voz, preguntó en inglés:

—¿Sois cristianos?

Respondimos que sí lo éramos, sin sentir temor alguno, por la cruz que habíamos visto en la firma. Ante tal respuesta, aquella persona elevó la mano derecha hacia el cielo y la acercó suavemente a su boca —un gesto que suelen hacer cuando dan gracias a Dios—, y dijo:

—Si juráis todos vosotros por los méritos del Salvador que no sois piratas, ni habéis derramado sangre legal o ilegalmente en los últimos cuarenta días, podréis bajar a tierra.

Dijimos que estábamos todos prontos a jurar. Entonces uno de los que estaban con él, y que parecía ser un notario, sentó acta de este hecho. Una vez que lo hizo, otro de los ayudantes del gran personaje, que estaba con él en el mismo bote, después que su señor le hubo hablado un momento, dijo en VOZ alta:

—Mi señor quiere haceros saber que no es por orgullo ni por soberbia que no sube a bordo de vuestro barco, sino porque habéis declarado que hay muchos enfermos entre vosotros, y el Conservador de la Salud de nuestra ciudad le advirtió que guardara las distancias.

Nos inclinamos profundamente y respondimos que éramos sus humildes servidores, y que considerábamos un gran honor y singular benevolencia para con nosotros lo que ya se había hecho, y que esperábamos que la naturaleza de la enfermedad de nuestros hombres no fuese infecciosa.

El hombre regresó; y poco después vino hacia nosotros el notario y subió a nuestro barco, llevando en su mano una fruta de aquel país, parecida a una naranja de exquisito aroma, de color entre morado y carmesí. La utilizaba —al parecer— como preventivo contra la infección. Nos tomó juramento «en nombre de Jesús y sus méritos», y después nos dijo que el día siguiente, a las seis de la mañana se nos mandaría buscar y seríamos conducidos a la Casa de Extranjeros —así la denominó— donde seríamos provistos de todas las cosas necesarias, tanto sanos como enfermos. Luego nos dejó y, cuando le ofrecimos algunos doblones, agregó sonriendo:

—No aceptamos dos pagas por un trabajo —con lo cual quería decir, al menos así lo entiendo, que estaban suficientemente pagados sus servicios por el Estado; y, como supe más tarde, llamaban «doblemente pagado» al oficial que aceptaba propinas.

A la siguiente mañana, muy temprano, apareció el mismo oficial que se nos acercó al principio con la caña, y nos dijo que debía conducirnos a la Casa de

Extranjeros, y que había prevenido la hora porque así tendríamos todo el día para nuestros asuntos.

—Porque —dijo— si seguís mi consejo, venid primero alguno de vosotros y ved el lugar, y cómo se puede adecuar convenientemente, entonces podréis enviar por los enfermos y por el resto de los vuestros que traeréis a tierra.

Le dimos las gracias y le expresamos que este cuidado que se tomaba con extranjeros afligidos sería recompensado por Dios. Y así seis de nosotros bajamos a tierra con él, y cuando estuvimos en ella fue delante de nosotros, y se volvió, y dijo que no era sino nuestro siervo y nuestro guía; y por todo el camino hubo algunas gentes en filas a ambos lados, pero de comportamiento tan respetuoso que no parecía que se reunían por curiosidad, sino para recibirnos. Y algunos de ellos, cuando pasábamos cerca, abrían un poco sus brazos como dándonos la bienvenida.

La Casa de Extranjeros es una construcción bella y amplia de ladrillo, algo más azul que nuestro ladrillo, con hermosas ventanas, algunas de cristal, otras de una especie de batista aceitada. Primero nos condujo a una bella sala de la planta superior; allí nos preguntó cuántas personas éramos y cuántos los enfermos. Respondimos que en total, enfermos y sanos, éramos cincuenta y uno, de los cuales diecisiete estaban enfermos. Nos pidió que tuviéramos un poco de paciencia y que permaneciéramos allí hasta que volviese, para lo cual transcurrió una hora; y entonces nos llevó a ver las cámaras que nos habían preparado, que eran diecinueve, habiendo dispuesto —según parecía— que las cuatro mejores habrían de alojar a cuatro de los principales de nuestro grupo y hospedarlos en habitaciones individuales, y las otras quince nos alojarían de dos en dos. Las cámaras eran hermosas y alegres, y amuebladas con elegancia. Después nos condujo a una larga galería, una especie de dormitorio de monasterio, donde nos mostró, a lo largo de uno de los lados —porque el otro era sólo pared y ventanas—, diecisiete celdas muy hermosas y con divisiones de madera de cedro. Galería y celdas, que eran cuarenta en total —más de las que necesitábamos—, estaban dispuestas para resguardo de nuestros enfermos. Nuestro acompañante nos dijo, además, que cuando mejoraran podrían ser trasladados de su celda a otra cámara, para lo cual habían sido dispuestas diez habitaciones desocupadas aparte de las que hemos mencionado. Hecho esto, nos condujo de nuevo a la sala y, levantando un poco la vara —como hacen cuando dan algún cargo u orden—, nos dijo:

—Debéis saber que la costumbre del país requiere que hoy y mañana, tiempo que os damos para trasladar la gente de vuestro barco, habréis de quedaros sin salir por tres días. Pero esto no debe inquietaros, ni debéis considerar que se restringe vuestra libertad, sino más bien que estáis librados al reposo y la quietud. Nada necesitaréis, y han sido designadas seis personas que os atenderán para cualquier asunto que necesitéis fuera de esta casa.

Le agradecemos con todo afecto y respeto.

—Realmente —dijimos— Dios se manifiesta en esta tierra.

También le ofrecimos veinte doblones, pero él sonrió y sólo dijo:

—¿Qué? ¿Doble sueldo?

Y entonces nos dejó.

Luego se nos sirvió la comida, compuesta de muy buenas viandas, tanto en lo que respecta al pan como a la carne, mejor que cualquier régimen colegial de Europa.

Había también bebidas de tres clases, todas saludables y agradables: vino de uva, una bebida de grano parecida a la cerveza, pero más clara, y una especie de sidra hecha con una fruta de aquel país, una bebida maravillosamente deliciosa y refrescante. Además, trajeron gran cantidad de aquellas naranjas color carmín para los enfermos, las cuales se decía que eran un remedio seguro para las enfermedades del mar. También se nos dio una caja de píldoras grises o blanquecinas, que querían que tomaran los enfermos una todas las noches, antes de dormir; éstas píldoras, dijeron, apresurarían su restablecimiento.

Al día siguiente, después de casi solucionada la dificultad del transporte y traslado de hombres y bienes de nuestro barco, pensé que sería bueno reunir a nuestra gente. Cuando lo estuvieron, les dije:

—Queridos amigos, reflexionemos sobre nosotros mismos y consideremos nuestra situación. Somos hombres arrojados a la tierra, tal como lo fue Jonás del vientre de la ballena, cuando estábamos por ser sepultados por el mar; y ahora estamos en tierra, simplemente entre la vida y la muerte, porque estamos más allá del viejo y el nuevo mundo, y si alguna vez volvemos a ver Europa, sólo Dios lo sabe. Es un milagro que se nos haya traído hacia aquí y poco menos será necesario para sacarnos de aquí. Por tanto, estimando nuestra salvación pasada y nuestro peligro presente y futuro, elevemos nuestras miradas hacia Dios y que cada uno reforme su propia conducta. Por otra parte, llegamos aquí entre gente cristiana, llena de piedad y de caridad: no mostramos en nuestro rostro confundido nuestros vicios e indignidades ante ellos. Y aún hay más, porque nos han ordenado —aunque como cortesía— enclaustrarnos durante tres días entre estas paredes; ¿quién sabe si no será para probar nuestra condición y costumbres, y si las encuentran malas, para desterrarnos de aquí inmediatamente, y si buenas, para darnos más tiempo? Porque estos hombres que nos han dado como servidumbre pueden también vigilarnos. Por esto, por amor de Dios y porque amamos el bien de nuestras almas y de nuestros cuerpos, comportémonos como para estar en paz con Dios y hallar merced a los ojos de esta gente.

Todos los hombres, a una voz, agradecieron el buen consejo y me prometieron actuar sobria y cortésmente, sin dar la menor ocasión a la ofensa.

Así pasamos tres alegres y despreocupados días, esperando lo que se haría con nosotros al término del plazo. Durante este tiempo tuvimos horas de gozo por la

mejora de los enfermos, quienes se creían arrojados a alguna divina fuente de salud, tan suave y rápidamente sanaban.

A la mañana, después de que los tres días hubieron pasado, vino un hombre distinto a quien no habíamos visto antes; vestido de azul, como el anterior, salvo su turbante, que era blanco, con una pequeña cruz roja en la punta. Traía también una esclavina de lino blanco. Al entrar se inclinó un poco ante nosotros y abrió los brazos. Por nuestra parte le saludamos humilde y sumisamente, como si de él hubiéramos de recibir sentencia de vida o muerte. Deseaba hablar con algunos de nosotros, por lo que sólo seis nos quedamos, y el resto dejó la habitación.

—Soy de oficio —dijo— el gobernador de esta Casa de los Extranjeros y, por vocación, sacerdote cristiano. Por esto he venido a ofreceros mis servicios, como extranjeros y, principalmente, como cristianos. Algunas cosas puedo deciros que creo no os desagradará oír. El Estado os ha dado licencia para quedaros en tierra durante seis semanas; y no os preocupéis si vuestros asuntos requieren de más tiempo, porque en este punto la ley no es estricta, y no dudo que yo mismo podré lograr que se os conceda todo el tiempo que sea conveniente. También veréis que la Casa de los Extranjeros es ahora rica, pues ha acumulado ingresos durante los últimos treinta y siete años, ya que en todo este tiempo ningún extranjero llegó hasta aquí. Por tanto, no tengáis cuidado: el Estado costeará vuestra estancia todo el tiempo que permanezcáis, y no por esto debéis pensar en iros antes. En cuanto a las mercancías que hayáis traído, se os compensará bien: se os pagará en mercancías o en oro y plata; para nosotros es lo mismo. Y si tenéis alguna otra cosa que pedir, no la ocultéis, porque veréis que no os haremos entristecer con nuestra respuesta. Sólo esto debo deciros: que ninguno de vosotros ha de alejarse más de un *karan* —que para ellos es una milla y media— de las murallas de la ciudad, sin un permiso especial.

Le respondimos, después de habernos consultado unos a otros con la vista, admirando su bondadoso y paternal tratamiento, que nos faltaban palabras para expresarle nuestro agradecimiento y sus nobles y liberales ofrecimientos nos dejaban sin nada que pedir. Parecía que estábamos ante el cuadro de nuestra salvación en el cielo, porque los que hace poco habíamos estado en las fauces de la muerte habíamos sido traídos a un lugar donde no encontrábamos sino consuelo. En cuanto a la orden que nos había sido dada, no dejaríamos de cumplirla, aunque era imposible que nuestros corazones no estuvieran deseosos de penetrar aún más en esta tierra santa y feliz.

Agregamos que se nos pegaría la lengua al paladar, antes que olvidarnos de su reverenda persona o de toda esta nación en nuestras oraciones. También le suplicamos humildemente que nos aceptara como sus fieles servidores, con una relación tan justa como jamás otra unió a los hombres, poniendo y presentando a sus pies nuestras personas y todo lo que teníamos.

Él dijo que era sacerdote y deseaba una recompensa como tal, que era nuestro amor fraternal y el bien de nuestras almas y de nuestros cuerpos.

Así, se separó de nosotros, no sin lágrimas de ternura en sus ojos, dejándonos también confundidos de gozo y benevolencia, pensando que habíamos llegado a una tierra de ángeles, que se presentaban diariamente a nosotros y se anticipaban a nuestras necesidades con regalos en los cuales jamás habíamos pensado y, menos aún, esperado.

Al día siguiente, cerca de las diez, el gobernador llegó de nuevo y, después de saludarnos, dijo familiarmente que había venido a visitarnos, y pidió una silla; se sentó, y nosotros, que éramos unos diez —el resto estaba compuesto por subalternos, y otros habían salido—, nos sentamos junto a él. Y una vez sentados comenzó así:

—Los de esta isla de Bensalem —pues de tal manera la llaman en su idioma— debido a nuestra solitaria situación y de la legislación de secreto que tenemos para los viajeros, y por nuestra poco frecuente admisión de extranjeros, conocemos bien la mayor parte del mundo habitable, y a nosotros se nos desconoce. De ahí, y porque el que sabe menos es quien debe preguntar, es más razonable, para pasar el tiempo, que vosotros me hagáis preguntas, y no que yo os las haga a vosotros.

Le agradecemos humildemente que nos diera licencia de hacerlo; y que por lo que ya habíamos visto considerábamos que no había en el mundo cosa terrena más digna de ser conocida que el Estado de esa tierra feliz. Pero sobre todo, dijimos, puesto que nos habíamos encontrado desde distintos extremos del mundo y esperábamos seguramente encontrarnos algún día en el reino de los cielos, pues ambas partes éramos cristianos, deseábamos saber —ya que era una tierra tan distante y separada por vastos y desconocidos mares de aquella tierra que pisó nuestro Salvador quién era el apóstol de aquella nación y cómo había sido convertida a la fe.

En su rostro se vio gran complacencia por esta nuestra pregunta; y dijo:

—Habéis unido mi corazón al vuestro con esa pregunta, en primer lugar porque muestra que buscáis, en primer término, el reino de los cielos, y voy a satisfacer vuestra demanda con gusto y brevedad.

«Unos veinte años después de la ascensión de nuestro Salvador, ocurrió que la gente de Renfusa —ciudad que está sobre la costa oriental de nuestra isla—, en una noche cubierta de nubes y calma, tal vez a una milla dentro del mar, vio una gran columna de luz, no aguzada sino en forma de pilar o cilindro, que se elevaba sobre las aguas hasta una gran altura, y en lo alto aparecía una gran cruz luminosa, más brillante y resplandeciente que el cuerpo del pilar. Ante tan extraño espectáculo, la gente de la ciudad se reunió precipitadamente en la playa a admirarlo y después ocuparon algunas embarcaciones pequeñas para acercarse a aquel maravilloso espectáculo, pero cuando los botes hubieron llegado a unos cincuenta metros del pilar se encontraron todos detenidos y no pudieron ir más lejos y, sin embargo, de manera tal que podían moverse en cualquier sentido, pero no acercarse más; así, los botes estuvieron como en un teatro natural, contemplando esta luz como un signo divino.

Ocurrió que en uno de los botes estaba uno de los sabios de la sociedad de la Casa de Salomón, la cual Casa o Colegio, mis buenos hermanos, es la verdadera luz de este reino. Y éste, habiendo contemplado y visto atenta y devotamente la columna y la cruz, cayó de bruces, y luego se incorporó sobre sus rodillas y elevando sus manos al cielo, hizo oración de esta manera:

—Señor Dios de cielo y tierra, vos habéis concedido de vuestra gracia a los de nuestra orden conocer vuestras obras de la creación y sus secretos, y discernir —tanto como corresponde a la generación de los hombres— entre milagros divinos, obras de la naturaleza, obras del arte y engaños e ilusiones de toda índole. Yo aquí testifico y reconozco, ante esta gente, que aquello que ahora vemos ante nuestros ojos es vuestro dedo, y un verdadero milagro. Y, en cuanto que sabemos por nuestros libros que vos nunca producís milagros sino con un fin divino y excelente —porque las leyes de la naturaleza son vuestras mismas leyes, y no las infringís sino por algún gran motivo—, debemos muy humildemente suplicaros que hagáis favorable este gran signo, y nos deis la interpretación y uso de él, por nuestra misericordia, lo cual habéis en parte prometido secretamente al enviárnoslo.

»Luego de hecha esta oración, advirtió de que el bote en que se encontraba había recobrado el movimiento, mientras que el resto de los otros permanecía todavía sujeto, y tomando esto como licencia para aproximarse, impulsó suavemente la embarcación y avanzó silencioso hacia el pilar. Pero al acercarse, la columna y la cruz luminosa se quebraron, fundiéndose en un firmamento de estrellas, que también se desvaneció poco después, y nada pudo verse entonces sino una pequeña arca o caja de cedro, seca, en absoluto húmeda, aunque flotaba. Y en su parte anterior —que estaba hacia él— surgió una ramita verde de palma, y cuando el sabio la hubo llevado con toda reverencia al bote, se abrió sola y en ella se hallaban un libro y una carta, ambos escritos en fino pergamino y envueltos en paño de lino. El libro contenía todos los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, tal como vosotros los tenéis —pues bien sabemos qué libros contienen vuestras Iglesias— y hasta el mismo Apocalipsis y algunos otros libros del Nuevo Testamento que en aquel tiempo aún no habían sido escritos, estaban, sin embargo, en el libro. En cuanto a la carta, decía así:

»“Yo, Bartolomé, siervo del Altísimo y apóstol de Jesucristo, fui advertido por un ángel, que se me apareció en una visión de gloria, que debía librar esta arca a las aguas del mar. Así, testifico y declaro a aquellas gentes a cuyas playas Dios ordene que llegue esta arca que en el mismo día les son llegadas la salvación, y la paz y la bondad del Padre y del Señor, Jesús”.

»También se produjo en ambas escrituras, tanto en el libro como en la carta, un gran milagro, semejante a aquel de los apóstoles en el original don de lenguas, porque había en aquel tiempo en esta tierra hebreos, persas e indios, además de los nativos, y todos leían el libro y la carta como si hubieran estado escritos en sus propias lenguas. Y así fue esta tierra salvada de la infidelidad —como el resto del viejo mundo lo fue

de las aguas— por un arca, mediante el apostólico y milagroso evangelismo de san Bartolomé».

Aquí se detuvo, ya que vino un mensajero y lo llamó. Y esto fue todo lo que sucedió en esa conversación.

Al día siguiente, el mismo gobernador vino de nuevo a nosotros, inmediatamente después de comer, y se excusó diciendo que el día anterior había sido llamado algo abruptamente, pero que ahora nos lo había de reparar, y pasaba el tiempo con nosotros, si encontrábamos agradable su compañía y su conversación. Contestamos que la considerábamos tan agradable y placentera que olvidábamos los peligros pasados y los temores por venir mientras lo oíamos hablar y que considerábamos que una hora pasada con él valía años de nuestra vida anterior. Se inclinó levemente ante nosotros, y luego que estuvimos nuevamente sentados, dijo:

—Bien, vosotros preguntaréis.

Uno de los nuestros dijo, después de una pausa, que había una cosa que estábamos no menos deseosos de conocer que temerosos de preguntar, pues pudiera parecer que nos excedíamos; pero que alentados por su extraordinaria benevolencia hacia nosotros —que apenas podíamos considerarnos extranjeros, siendo sus devotos y declarados servidores— nos tomaríamos el atrevimiento de proponerla, rogándole humildemente que, si pensaba que no era conveniente responderla, nos perdonara, aunque la rechazase.

Le dijimos que bien habíamos notado sus palabras, que había pronunciado al principio de que esta feliz isla en que ahora estábamos era conocida de pocos y que, sin embargo, conocía a la mayor parte de las naciones del mundo, lo cual nos pareció cierto, considerando que poseían las lenguas de Europa y sabían mucho de nuestras ocupaciones y gobierno, y sin embargo, nosotros, en Europa —con todos los viajes y descubrimientos de tierras remotas hechos en la última época— jamás habíamos oído la menor conjetura o vislumbre de la existencia de esta isla. Encontrábamos esto maravillosamente extraño, pues todas las naciones se conocen entre sí y mantienen relaciones, ya sea por viajes a tierras extranjeras o por viajeros que las visiten, y aunque el que viaja a un país extranjero suele conocer más, pues ve con sus propios ojos, que aquel que se queda en su casa y escucha la relación del viajero, sin embargo, ambas maneras bastan para que se conozcan mutuamente en algún grado ambas partes. Pero de esta isla nunca oímos decir que alguno de sus barcos hubiera sido visto arribar a las costas de Europa, ni tampoco a las de las Indias orientales u occidentales; tampoco supimos de algún barco, de ninguna otra parte del mundo, que hubiese regresado de allí. Y, sin embargo, no era esto lo maravilloso, pues la situación de la isla —como su señoría había dicho— en el cónclave secreto de tan vasto mar, podría ser la causa. Pero el que tuvieran conocimiento de las lenguas, libros y asuntos de aquellos que están tan distantes, era cosa que no podíamos comprender, y nos

parecía condición y propiedad de seres y poderes divinos: estar ocultos e invisibles para otros y, sin embargo, ver a los demás de una manera patente y clara.

El gobernador sonrió condescendiente ante nuestras palabras y dijo que habíamos hecho bien en pedir perdón por la pregunta que le hacíamos, pues denotaba que pensábamos que esta tierra fuera algo así como una tierra de magos que enviasen espíritus del aire a todas partes para traerles noticias y conocimiento de otros países.

A esto todos contestamos —con la mayor humildad posible, pero sin dejar de revelar en el rostro que sabíamos que decía esto en broma— que estábamos bastante inclinados a pensar que había algo sobrenatural en esta isla, pero más bien angelical que mágico. Pero para que su señoría supiera verdaderamente qué fue lo que nos hizo dudar y temer antes de hacerle esta pregunta, le dijimos que no era por ninguna idea tal, sino porque recordábamos que en su conversación anterior había sugerido que esta tierra tenía leyes de secreto en cuanto a los extranjeros.

A esto, dijo:

—Recordáis bien; y de ahí que en lo que os he de decir debo mantener en reserva algunos detalles, que no me sería licito revelar; pero os diré lo suficiente para daros satisfacción.

»Habréis de comprender —y quizás os parezca difícilmente creíble— que hace cerca de tres mil años, o algo más, la navegación en el mundo —en especial para largos viajes— era mayor que la de hoy. No penséis para vosotros que no sé lo mucho que ha aumentado con vosotros en estos últimos sesenta años. Lo sé muy bien; y, sin embargo, os digo que era más grande entonces que ahora, fuera porque el ejemplo del arca que salvó al resto de los hombres del diluvio universal les diera confianza para aventurarse sobre las aguas, o por alguna otra razón; pero tal es la verdad. Los fenicios, y especialmente los tirios, tenían grandes flotas. Lo mismo los cartagineses, su colonia, que está aún más hacia el oeste. Hacia el este, la navegación de Egipto y Palestina era igualmente grande. También China y la gran Atlántida —que vosotros llamáis América—, que hoy sólo tienen juncos y canoas, poseían entonces grandes navíos. Esta isla, según aparece en documentos fidedignos de aquel tiempo, tenía, entonces, quince centenares de fuertes barcos, de gran capacidad. De todo esto vosotros tenéis pocos recuerdos, o ninguno, pero nosotros tenemos abundante conocimiento de aquello.

En esa época, esta tierra era conocida y frecuentada por barcos y naves de todas las naciones antes dichas. Y —como suele suceder— traían muchas veces hombres de otros países, que no eran marineros y que venían con ellos, como persas, caldeos y árabes. Así, casi todas las naciones poderosas y afamadas venían aquí, de las cuales tenemos algunos descendientes y pequeñas tribus con nosotros hoy día.

»Y en cuanto a nuestros propios bajeles, hacían diversos viajes tanto a vuestros estrechos, que vosotros llamáis Columnas de Hércules, como a otras partes de los mares Atlántico y Mediterráneo; y también a Pekín —o sea Khambalik— y Quinzy, en los mares orientales, hasta las fronteras de la Tañaría oriental.

»Al mismo tiempo, y un siglo o más después, los habitantes de Gran Atlántida gozaron de prosperidad. Porque aunque la narración y descripción hecha por uno de vuestros grandes hombres, de que los descendientes de Neptuno se establecieron allí, y del magnífico templo, palacio, ciudad y colina; y de las muchas corrientes de buenos ríos navegables —que, como otras tantas cadenas, rodeaban el lugar y el templo—; de las variadas graderías por las cuales los hombres llegaban hasta él —como si hubiera sido una *scala cæli*— sea ante todo poética y fabulosa, es sin embargo en gran parte verdadera, como que aun dicho país de Atlántida, así como también el de Perú, entonces llamado Coya, y el de México, entonces llamado Tyrambel, eran reinos orgullosos y poderosos por sus armas. Sus flotas y sus riquezas; tan poderosos, que al mismo tiempo —o por lo menos en un lapso de diez años— ambos hicieron dos grandes expediciones: los de Tyrambel, por el Atlántico, al mar Mediterráneo; y los de Coya, por el Mar del Sur, a esta nuestra isla.

»En cuanto a la primera de estas expediciones, que llegó a Europa, el mismo autor vuestro parece que obtuvo alguna relación del sacerdote egipcio a quien cita, porque seguramente tal cosa sucedió. Pero acerca de si tuvieron los antiguos atenienses la gloria de resistir y repeler estas fuerzas no puedo decíroslo. Lo cierto es que nunca regresaron de este viaje ni naves ni hombres.

»Tampoco habría tenido mejor éxito el viaje de los de Coya, si no se hubieran encontrado entre los nuestros con enemigos de mayor clemencia; pues el rey de esta isla de nombre Altabín —sabio y gran guerrero, conociendo muy bien su propia fuerza y la de sus enemigos— hizo las cosas de tal manera que dividió las fuerzas de tierra de sus barcos y rodeó a su marina y a su campamento con una fuerza mucho mayor que la de ellos, tanto por mar como por tierra, y los obligó a rendirse sin dar un golpe. Y luego que estuvieron a su merced, contentándose sólo con su juramento de que nunca volverían a tomar las armas contra él, los dejó partir a todos a salvo.

»Pero la venganza divina llegó poco después a estas arrogantes empresas, porque en el término de cien años la gran Atlántida fue enteramente perdida y destruida, no por un gran terremoto, como ha dicho vuestro hombre, pues toda esta región es poco propensa a temblores, sino por un extraordinario diluvio o inundación. Aquellos países tenían —en el día— ríos mucho más grandes y montañas mucho más altas que cualquier parte del Viejo Mundo, que podían desbordar sus aguas. Es verdad que la inundación no fue profunda, no más de cuarenta pies sobre el suelo en la mayoría de los lugares, de modo que aunque destruyó hombres y bestias en general, sin embargo algunos salvajes habitantes de los montes escaparon. Los pájaros también se salvaron, volando hacia los árboles altos y a los bosques. Porque en cuanto a los hombres, aunque tenían edificios en muchos lugares más elevados que la profundidad de las aguas, sin embargo, la inundación, aun baja, perduró mucho tiempo, de ahí que los del valle que no se ahogaron perecieron por falta de alimentos y de otras cosas necesarias. Por tanto, no os maravilléis de la escasa población de América ni de la rudeza e ignorancia de su gente, pues debéis considerar a los habitantes de América

como un pueblo joven, mil años por lo menos más joven que el resto del mundo, pues tal fue el tiempo que hubo entre el diluvio universal y esta su inundación.

En cuanto al escaso remanente de semilla humana que quedó en sus montañas, pobló de nuevo el país lentamente, y como era gente sencilla y salvaje —no como Noé y sus hijos, que constituían la principal familia de la tierra— no fueron capaces de dejar cartas artes ni civilización a su posteridad; e igualmente, por haberse acostumbrado en sus viviendas montañosas —debido al gran frío de aquellas regiones— a vestirse con las pieles de tigres, osos y grandes cabras velludas que tienen en esos lugares, cuando luego bajaron al valle y sintieron los insoportables calores que hay allí y no conocían vestiduras más ligeras, se vieron forzados a andar desnudos, costumbre que conservan hasta hoy. Sólo hallan gran orgullo y deleite en las plumas de las aves y esto también tomaron de sus antepasados montañoses, que fueron incitados por las innumerables bandadas de pájaros que llegaban hasta las alturas mientras las aguas permanecían abajo. Así, veis, fue como, por este accidente de la historia, perdimos nuestro tráfico con los americanos, con los cuales, de entre otros, teníamos más comercio, debido a la cercanía en que nos encontrábamos. En cuanto a las otras partes del mundo, está bien manifiesto que en los siglos siguientes —ya debido a las guerras o por una revolución natural de la historia —la navegación decayó grandemente en todas partes; y, especialmente, los largos viajes en gran parte por el uso de galeras y otros bajeles que difícilmente podían desafiar al océano— fueron del todo abandonados y olvidados. Así, la parte de intercambio que podía resultar de las naciones que vinieran a visitarnos, ya veis cómo hace mucho que terminó excepto por algún extraordinario accidente, como éste de vosotros. Pero ahora debo aduciros otra causa para el fin de la otra parte del intercambio, que podría ser nuestra navegación a otras naciones; pues no puedo decir —si he de hablar con la verdad— que nuestro tráfico marítimo, en número, poderío, marineros, pilotos, y todo lo que se refiere a la navegación sea más grande que nunca, y por tanto, para explicaros por qué nos queda más aquí, os daré ahora una explicación que en sí misma bastará e intentará dar satisfacción a nuestra pregunta principal.

»Hace unos mil novecientos años, reinaba en esta isla un rey cuya memoria veneramos más que la de ningún otro, no supersticiosamente sino como instrumento divino, aunque hombre mortal. Su nombre era Solamona y lo consideramos como el legislador de nuestra nación. Este rey tenía un gran corazón de inagotable bondad, y estaba totalmente dispuesto a hacer feliz a su reino y a su pueblo. Él, por tanto, tomando en consideración cuán suficiente y sustantiva era esta tierra para mantenerse sin ayuda alguna del extranjero, con un perímetro de cinco mil seiscientas millas, y de extraordinaria fertilidad su suelo en su mayor parte, y encontrando también que el comercio marítimo de este país podía ser totalmente aplicable para la pesca o el transporte de puerto a puerto, y también para llegarse hasta algunas pequeñas islas no distantes de nosotros, y que están bajo la corona y leyes de este Estado, y recordando

el estado feliz y próspero en que se encontraba entonces esta tierra, que podía ser mil veces peor, pero que escasamente podía ser mejor, el rey pensó que nada faltaba a sus nobles y heroicas intenciones sino tan sólo —en la medida en que la previsión humana pudiera hacerlo— perpetuar lo que en su tiempo estaba tan felizmente establecido. Así, entre otras leyes suyas fundamentales de este reino dio, las ordenanzas restrictivas y prohibitivas que tenemos respecto a la entrada de extranjeros, que en esa época —aunque fue después de la calamidad de América— era frecuente, temeroso de las innovaciones y de la mezcla de costumbres. Es verdad que semejante ley contra la admisión de extranjeros sin licencia es una vieja ley del reino de China, y todavía hoy está vigente. Pero allí constituye algo muy pobre, que ha hecho de ellos una nación muy curiosa, ignorante, temerosa y tonta. En cambio, nuestro legislador hizo su ley de otra índole; pues, en primer lugar, mantuvo todos los puntos de benevolencia, ordenando y disponiendo todo lo necesario para el socorro de los extranjeros en desgracia, como lo habéis comprobado... —Ante sus palabras —como era razonable— todos nos pusimos de pie y nos inclinamos. Él prosiguió—: El rey, que deseaba unir la benevolencia con la diplomacia, y considerando inhumano retener aquí a los extranjeros contra su voluntad; y contra la diplomacia el que los viajeros volvieran y revelasen la existencia de este Estado, tomó esta decisión: ordenó que todos los extranjeros a quienes se les permitiera desembarcar podrían irse cuando quisieran; pero los que desearan quedarse habrían de tener muy buenas condiciones y medios de vida por parte del Estado. Y fue tan grande su previsión que desde que fue dictada la prohibición no recordamos ningún barco que se volviera y sólo a trece personas, en distintas épocas, que resolvieron regresar, en nuestros navíos. No sé qué es lo que habrán dicho éstos que se fueron, al llegar a su país; pero podéis creer que cualquiera cosa que hayan dicho podía ser tomada en sus países por un sueño.

»Ahora, respecto a nuestros viajes al exterior, nuestro legislador creyó conveniente restringirlos; lo que no ocurre en China, porque los chinos navegan adonde quieren o pueden, lo cual muestra que su ley de no admitir extranjeros es una ley de pusilanimidad y miedo. Esta restricción nuestra tuvo una única excepción, la cual es admirable y preserva el bien que proviene de la comunicación con el extranjero y que evita los peligros; ahora os la revelaré.

»Ahora parecerá que entro en digresiones, pero poco a poco lo encontraréis pertinente. Habréis de saber, mis queridos amigos, que entre los excelentes actos de aquel rey hubo uno que sobresale de todos los demás. Tal era el de la fundación e institución de una orden o sociedad que nosotros llamamos Casa de Salomón, la asociación más noble —según creemos— que hay sobre la tierra y que es el faro de este reino, está dedicada al estudio de las obras y criaturas de Dios. Algunos creen que lleva el nombre, algo corrompido, de su fundador, como si debiera ser Casa de Solamona, pero en nuestros anales está escrito tal como suena. De este modo lo interpreto como que se denomina así por el rey de los hebreos, famoso entre vosotros

y no desconocido para nosotros, pues tenemos algunas partes de sus obras, que para vosotros están perdidas. Por ejemplo, la *Historia Natural* de todas las plantas, que él escribió, desde el *cedro del Líbano* hasta el *musgo que crece de la pared*, y de todas las cosas que tienen vida y movimiento. Esto me hace pensar que nuestro rey, al verse simbolizando en muchos aspectos al rey de los hebreos —que vivió muchos años antes que él—, lo honró con el nombre de esta fundación. Y me inclino a esta opinión porque en antiguos documentos he encontrado que esta orden o sociedad es a veces llamada Casa de Salomón, a veces Colegio de las Obras de los Seis Días, y satisface saber que nuestro excelente rey había aprendido de los hebreos que Dios había creado el mundo y todo lo que él contiene en seis días. Así, al instituir esta Casa para averiguar la verdadera naturaleza de todas las cosas —por la cual Dios podía obtener mayor gloria en la obra de su creación, y los hombres más fruto en su uso— también le dio este segundo nombre.

»Pero ahora vengamos a nuestro propósito presente. Cuando el rey hubo prohibido a toda su gente la navegación a cualquier parte que no estuviera bajo el dominio de su corona, dictó, no obstante, una ordenanza: que cada doce años partirían de este reino dos barcos designados para realizar vanos viajes; que en ambos barcos habría una comisión compuesta por tres Socios o Hermanos de la Casa de Salomón, cuyo encargo era sólo informarnos de los asuntos y de la situación de los países a que estaban designados y, especialmente, de las ciencias, artes, industrias e inventos de todo el mundo; además, debían traernos libros, instrumentos y modelos de toda clase; que los barcos, después de haber desembarcado a los Hermanos, debían retornar; y que los Hermanos debían quedar en el extranjero hasta una nueva comisión. Estos barcos no tienen otro cargamento que no sea gran cantidad de víveres y riquezas que quedaría con los Hermanos para comprar dichas cosas y recompensar a las personas que les pareciera adecuado.

»No puedo deciros —ni ha de ser muy importante para vosotros— cómo evitaban ser descubiertos cuando desembarcaban nuestros marineros subalternos; cómo aquellos que debían bajar a tierra durante algún tiempo se disfrazaban bajo la apariencia de otras nacionalidades; los lugares designados a tales viajes; qué lugares de encuentro se designan para las nuevas comisiones y circunstancias prácticas parecidas. Pero de este modo veis que mantenemos comercio, no de oro, plata o joyas; no de sedas; no de especies, ni de ninguna otra comodidad material, sino sólo de la primera criatura de Dios, que fue la Luz: para tener luz —os digo— del desarrollo de todas las partes del mundo».

Y cuando hubo dicho esto quedó silencioso, y así también quedamos todos, porque en verdad estábamos asombrados de oír cosas tan extrañas contadas de modo tan verosímil. Y él, percibiendo que queríamos decir algo pero que no sabíamos cómo empezar, con gran cortesía nos sacó del apuro, dignándose preguntarnos acerca de nuestro viaje y fortuna. Al final nos dijo que haríamos bien en pensar entre nosotros cuánto tiempo de permanencia habríamos de pedir al Estado, y nos pidió que no

fuéramos parcos, pues él nos procuraría tanto tiempo como deseáramos. Entonces todos nos levantamos y avanzamos para besar el borde de su esclavina; pero él no quiso consentir en que lo hiciéramos, y así se marchó.

Pero cuando se supo entre nuestros hombres que el Estado ofrecía facilidades a los extranjeros que habrían de quedarse, tuvimos bastante trabajo en lograr que alguno de los nuestros vigilara el barco, y en evitar que se presentase de inmediato ante el gobernador para implorar las condiciones. Con mucho trabajo logramos refrenarlos hasta que acordáramos qué decisión tomar.

Nos considerábamos ahora hombres libres, pues veíamos que ya no había peligro de perdernos por completo, y vivíamos muy contentos, saliendo y viendo lo que había que ver en la ciudad y lugares adyacentes, dentro de los límites que se nos había fijado. Y nos relacionamos con muchos de la ciudad, y no de la inferior calidad, en los cuales encontramos tal benevolencia y tal libertad y deseo de acoger a los extranjeros, como en su seno, que casi olvidábamos todo lo que nos era querido en nuestros padres; y continuamente hallábamos muchas cosas, bien dignas de observación y de relato, pues, en verdad, si en el mundo hay un espejo digno de cautivar los ojos de los hombres, es ese país.

Un día, dos miembros de nuestra tripulación fueron invitados a la Fiesta de la Familia, como ellos la llaman. Es una costumbre piadosa y respetable, en la cual se puede ver que la nación es toda bondad. He aquí cómo se celebra: el Estado paga esta fiesta, y la concede a cualquier hombre que llegue a ver vivos, todos, treinta descendientes suyos mayores de tres años. El padre de familia, a quien llaman Tirsán, dos días antes de la fiesta invita a su casa a tres amigos que él mismo escoge. También asiste el gobernador de la ciudad o lugar donde se efectúa la fiesta, y todos los miembros de la familia, de ambos sexos, se reúnen para hacerle compañía. Durante estos dos días el Tirsán realiza consultas acerca del buen estado de la familia. Allí, si hubiera alguna discordia o pleito entre algunos de los miembros de la familia, se les pone de acuerdo y se les apacigua. Si alguno está en desgracia o en ruina, se dan órdenes para que se le ayude y se le provea de adecuados medios de vida. Si alguno se ha entregado al vicio o toma el camino equivocado se le reprueba y censura. Igualmente, se dan consejos acerca de los casamientos y el curso que cualquiera de ellos debería tomar, con órdenes y consejos semejantes o diversos. El gobernador asiste hasta el final para poner en ejecución, con su autoridad pública, los decretos y órdenes del Tirsán, en caso de que fueran desobedecidos, aunque esto rara vez es necesario: tal reverencia y obediencia guardan al orden de la naturaleza. El Tirsán elige siempre uno de sus hijos para vivir con él, en su casa. Éste es llamado desde entonces Hijo de la Vid. La razón de esto se verá en lo que sigue.

El día de la fiesta, el Padre o Tirsán entra, después del oficio divino, en un gran salón en el cual se celebra la fiesta. En esta habitación, al fondo, hay una plataforma y, contra la pared, en la mitad de la plataforma, una silla puesta para él, con una mesa

y una alfombra delante. Sobre la silla hay un dosel redondo u ovalado, de hiedra, una hiedra algo más blanca que la nuestra, como la hoja de un álamo plateado, pero más brillante pues está verde todo el invierno. El dosel está curiosamente labrado en plata y sedas de diversos colores, incrustadas o enlazadas con la hiedra, y es siempre obra de alguna de las hijas de la familia, y está cubierto, en su parte superior, con una fina red de plata y seda; pero el material es la misma hiedra. Después que lo bajan, los amigos de la familia desean llevarse alguna hoja o ramilla, para guardarlas. El Tirsán entra con todo su linaje o descendencia, los hombres delante y las mujeres detrás. Y si hubiera una madre de cuyo cuerpo desciende todo el linaje, se coloca un travesaño en la plataforma superior, a la derecha de la silla, con una puerta secreta y una ventana de cristal tallado ribeteada en azul y oro. Allí se sienta la madre, pero no es vista. Cuando entra el Tirsán se sienta en la silla y todo el linaje se coloca contra la pared, detrás de él y alrededor de la plataforma, por orden de edad y sin diferencia de sexo, y permanecen de pie. Cuando el Tirsán se sienta, la habitación está llena de gente, pero guardando compostura y sin desorden; después de un momento entra en la habitación, por el extremo opuesto, un *Taratán* —que es una especie de heraldo— al lado del cual van dos pajes; uno lleva un rollo de aquel pergamino amarillo brillante, el otro un racimo de uvas de oro, con largo pie o tallo. El heraldo y los niños están cubiertos con capas de raso azul verde mar, pero la capa de aquél tiene rayas de oro y lleva cola. Luego, el heraldo, con tres cortesías o, más bien, inclinaciones, alcanza la plataforma y coge en su mano el rollo. Este rollo es un estatuto real que contiene la concesión de una renta y muchos privilegios, franquicias y honores, que se conceden al Padre de la Familia y que siempre van titulados y dirigidos «A fulano de tal, nuestro bien amado amigo y acreedor», título apropiado sólo para este caso, pues dicen que el rey no es deudor de un hombre sino por la propagación de sus súbditos. El sello puesto en la carta del rey es la imagen del rey, estampada o moldeada en oro. Y si bien tales cartas se expiden sin procedimientos especiales y como de derecho, sin embargo a discreción varían según el número y dignidad de la familia. El heraldo lee esta carta en voz alta y, mientras es leída, el padre o Tirsán está de pie sostenido por dos de sus hijos, a los cuales él elige. Luego el heraldo sube a la plataforma y le entrega la carta en sus manos y entonces todos los presentes exclaman algo que en su idioma quiere decir «¡Feliz el pueblo de Bensalem!». Luego, el heraldo coge de la mano del otro niño el racimo de uvas, que es de oro, tanto el tallo como las uvas. Pero las uvas están delicadamente esmaltadas, y si los varones de la familia constituyen el mayor número, lo están de púrpura, con un pequeño sol en la parte de arriba; si lo son las mujeres, entonces están esmaltadas de un verde amarillento y llevan una pequeña media luna en la parte superior. El número de uvas es igual al de descendientes de la familia. Este racimo dorado lo entrega al Tirsán, quien de inmediato lo entrega al hijo que él mismo ha elegido anteriormente para que viva en su casa con él, y quien lo usará delante de su padre

como insignia de honor, cuando salen al público, y por esto es llamado Hijo de la Vid.

Después que la ceremonia ha terminado, el padre o Tirsán se retira y algún tiempo después vuelve otra vez para la cena. Y se sienta solo bajo el dosel, como antes, y ninguno de sus descendientes se sienta con él, no importan su grado o dignidad, a menos que sea de la Casa de Salomón. Es servido únicamente por sus hijos, varones, quienes realizan de rodillas todo el servicio de atender la mesa y las mujeres están de pie a su alrededor, apoyadas contra la pared.

El espacio debajo de la plataforma tiene mesas a los lados para los convidados, quienes son servidos con gran orden y decencia. Hacia el final de la comida —que en las mayores de sus fiestas no dura nunca más de una hora y media— se canta un himno, que varía de acuerdo con la inventiva de aquel que lo compone —pues tienen excelentes poetas— pero su tema es siempre las alabanzas a Adán, y Noé y Abraham, de los cuales los dos primeros poblaron el mundo y el último fue el Padre de los fieles. Concluye siempre con una acción de gracias por la natividad de nuestro Salvador, en cuyo nacimiento sólo son benditos los nacimientos de todos.

Una vez terminada la cena, el Tirsán se retira nuevamente, y habiéndose apartado a un lugar donde dice, a solas, algunas oraciones, luego aparece por tercera vez, para dar la bendición. Todos sus descendientes le rodean, como al principio. Luego los llama uno por uno, por sus nombres, como le plazca aunque rara vez se invierte el orden de edad. La persona que es llamada después de haber sido retirada la mesa, se arrodilla delante de la silla y el padre pone su mano sobre la cabeza de él, o de ella, y le da la bendición con estas palabras: «Hijo de Bensalem (o Hija de Bensalem), tu padre lo dice: el hombre por quien tienes aliento y vida pronunció la palabra: la bendición del Padre eterno, del Príncipe de la paz y de la Santa Paloma sea sobre ti, y haga los días de tu peregrinación muchos y buenos». Esto dice a cada uno de ellos; y, hecho esto, si hubiera algunos de sus hijos de eminente virtud y mérito —que no sean más de dos—, los llama de nuevo y dice, poniendo su brazo sobre sus hombros, ellos de pie: «Hijos, es bueno que hayáis nacido, alabad a Dios y perseverad hasta el fin». Y, con esto, entrega a cada uno una joya, en forma de una espiga de trigo, la cual desde entonces llevarán siempre al frente de su turbante o sombrero. Hecho esto, se entregan a la música y el baile y a otras diversiones que acostumbran, por el resto del día. Esta es la relación completa de esa fiesta.

Cuando habían pasado seis o siete días, trabé estrecha amistad con un mercader de la ciudad cuyo nombre era Joabín. Era judío y circunciso, pues aún tienen algunas pocas familias de judíos que permanecen entre ellos, a las cuales les dejan su propia religión, lo cual pueden hacer muy bien, porque son de índole muy diferente a la de los judíos de otros lugares, ya que, mientras éstos odian el nombre de Cristo y tienen un secreto rencor innato contra la gente entre la cual viven, éstos —por el contrario— dan a nuestro Salvador muy elevados atributos y aman extremadamente a la nación de Bensalem. De seguro que el hombre de quien hablo, en ningún momento hubiera

reconocido que Cristo nació de una Virgen y que era más que un hombre; y diría cómo Dios lo hizo gobernante de los serafines que guardan su trono. Ellos lo llaman también la Vía Láctea, y el Elías del Mesías, y otros altos nombres que, si bien son inferiores a su divina Majestad, están muy alejados, sin embargo, del lenguaje de los otros judíos. Y en cuanto al país de Bensalem, este hombre no cesaba de alabarlo, deseoso, por tradición entre los judíos de allí, de que se creyese que la gente de allí era descendiente de Abraham, por otro hijo, a quien ellos llaman Naehoran; y que Moisés, por una secreta cábala, ordenó las leyes de Bensalem, que ellos acatan; y que cuando viniera el Mesías y se sentase en su trono en Jerusalén, el rey de Bensalem habría de sentarse a sus pies, mientras que los demás reyes deberían de guardar gran distancia. Sin embargo, dejando a un lado estas fantasías judaicas, el hombre era sabio, y docto, de gran prudencia y muy conocedor de las leyes y costumbres de aquel país.

Entre otras conversaciones y un día le dije que estaba muy impresionado por el relato que me había hecho uno de los nuestros sobre la costumbre de celebrar una Fiesta de la Familia, pues —según creía— jamás había yo oído de una solemnidad en que la naturaleza presidiera en forma tan absoluta. Y como la propagación de la familia proviene de la cópula nupcial, yo deseaba que me dijera qué leyes y costumbres tenían acerca del matrimonio; y si lo guardaban bien, y si se unían a una sola esposa, pues que donde la población es tan considerada tal y como parecía suceder con ellos, comúnmente se permite la pluralidad de esposas.

A esto contestó:

—Tenéis razón en alabar la excelente institución de la Fiesta de la Familia, y en verdad hemos comprobado que las familias que participan en la bendición de aquella fiesta florecen y prosperan en lo sucesivo de manera extraordinaria. Pero escuchadme ahora, y os diré lo que sé. Habéis de saber que no hay bajo los cielos una nación tan casta como ésta de Bensalem, ni tan libre de corrupción e impureza. Es la virgen del mundo. Recuerdo haber leído en uno de vuestros libros europeos sobre un ermitaño que quiso ver el espíritu de la fornicación y se le apareció un pequeño, feo y sucio etíope; si, en cambio, hubiera deseado ver el espíritu de la castidad de Bensalem, se le hubiera aparecido como un claro y hermoso querubín, pues no hay nada entre los mortales más bello y admirable que los castos pensamientos de esta gente. Sabed, por tanto, que aquí no hay mancebías, ni casas de disipación, ni cortesanas ni cosa alguna de esta especie. Ellos se admiran —con execración— de vosotros en Europa, que permitís tales cosas. Dicen que habéis quitado al matrimonio su oficio, pues el matrimonio fue establecido para remediar la concupiscencia ilegal, y la concupiscencia natural es como un acicate para el matrimonio. Pero cuando los hombres tienen a mano de un remedio más agradable a su voluntad corrompida, el matrimonio queda casi desterrado. Por lo tanto, se ven entre vosotros infinidad de hombres que no se casan sino prefieren llevar una vida de soltería impura y libertina

antes que ayuntarse en matrimonio. Y muchos que se casan lo hacen tarde, cuando ha pasado la primavera y el vigor de sus años, y cuando se casan, qué es para ellos el matrimonio sino un negocio en el que buscan la alianza, la dote o la reputación, con algún deseo —casi indiferente— de sucesión, y no es la fiel unión nupcial del hombre y la mujer como fue instituida en un principio. Tampoco es posible que aquellos que han disipado tan vanamente su vigor hayan de estimar grandemente a los hijos —siendo de la misma materia—, como los hombres castos. Así durante el matrimonio, ¿se remediaría en algo la situación, como debería ser, si estas cosas fueran toleradas sólo por necesidad? No, sino que son todavía verdaderas afrentas al matrimonio. La frecuentación de tales lugares de disipación y el trato con cortesanas no son más castigados en los hombres casados que en los solteros. Y la depravada costumbre del cambio y el deleite en los abrazos meretricios —en que el pecado es convertido en arte—, hacen del matrimonio una cosa insulsa y una especie de imposición o de impuesto. Aquí se oye decir que vosotros defendéis esas cosas para evitar males mayores como abortos, desfloración de vírgenes, concupiscencia contra natura y cosas parecidas. Pero dicen aquí que tal prudencia es absurda y la llaman *el ofrecimiento de Lot*, el cual, para salvar a sus invitados de la violación, entregó a sus hijas. Y aun añaden que con esto se gana muy poco, porque los mismos vicios y apetitos aún quedan y abundan, pues la lujuria ilegítima es como una hoguera, que si se sofocan sus llamas por completo, se apaga; pero si se le da algún respiradero arderá con furia. En cuanto al amor masculino no tienen aquí ni asomo de él; y, sin embargo, no hay en el mundo amistades tan fieles e inquebrantables cómo las hay aquí. Y, para hablar en general —como decía antes—, jamás he leído de ninguna otra gente con castidad tal como ésta. Un dicho usual de ellos es que *quien no es casto no puede respetarse a sí mismo y dicen que el respeto de sí mismo es, después de la religión, el más importante freno de todos los vicios*.

Y cuando hubo dicho esto, el buen judío hizo una pausa. Entonces yo, más deseoso de continuar escuchándole que de hablar yo mismo y, sin embargo, considerando propio que en esta pausa no debería permanecer silencioso, dije solamente que habría de decirle como la viuda de Sarepta dijo a Elías, que él había venido a recordarnos nuestros pecados y que yo confesaba que la virtud de Bensalem era mayor que la virtud de Europa.

Palabras ante las cuales el judío inclinó la cabeza y prosiguió de esta manera:

—También tienen muchas sabias y excelentes leyes respecto al matrimonio. No permiten la poligamia. Tienen dispuesto que ninguno pueda casarse ni comprometerse hasta haber pasado un mes después de su primera entrevista. No prohíben el casamiento sin consentimiento de los padres, pero lo castigan en los herederos, pues los hijos de tales matrimonios no se permite que reciban más de la tercera parte de la herencia de sus padres. Yo he leído en un libro, de uno de vuestros escritores, acerca de una república imaginada, en que se permite a la pareja casada verse desnuda antes de comprometerse<sup>[1]</sup>. Esto les desagrada aquí, pues consideran

un escarnio dar una negativa después de un conocimiento tan íntimo. Pero a causa de los muchos defectos ocultos en el cuerpo de hombres y mujeres, proceden de una manera más cortés, pues tienen en la cercanía de cada pueblo un par de estanques —a los cuales llaman los estanques de Adán y de Eva— en donde es permitido que uno de los amigos del hombre y otro de la mujer los vayan a ver bañarse desnudos, por separado.

Y mientras así conversábamos llegó un hombre que parecía mensajero, con una rica capa, que habló al judío. Entonces éste se volvió hacia mí y me dijo:

—Habéis de perdonarme, pues se me ordena apresurarme.

A la mañana siguiente volvió hacia mí, aparentemente gozoso, y dijo:

—Ha llegado aviso al gobernador de la ciudad de que uno de los padres de la Casa de Salomón estará aquí de hoy en siete noches; hace doce años que no vemos a ninguno de ellos. Su llegada es de dominio público, pero la causa es secreta. Os conseguiré a vos y a vuestros compañeros un buen sitio, para ver su entrada.

Le di las gracias y le dije que esas noticias me alegraban mucho.

Habiendo llegado el día, hizo su entrada. Era un hombre de mediana edad y estatura, bien parecido, y con aspecto de quien compadece a los hombres. Estaba vestido con una túnica de fino paño negro, de anchas mangas, y una capa corta. Debajo llevaba vestiduras de excelente lino blanco, hasta los pies, ceñidas con un cinturón y una palatina de lo mismo alrededor de su cuello. Llevaba delicados guantes, adornados con piedras preciosas, y zapatos de terciopelo color melocón. Su cuello estaba desnudo hasta los hombros. El sombrero era como un casco o montera española, y sus bucles castaños se rizaban bajo él discretamente. Su barba estaba cortada en redondo, y era del mismo color que su pelo, o un poco más clara. Iba conducido en una rica carroza sin ruedas, como una litera, con dos caballos en cada extremo, ricamente enjaezados con terciopelo azul bordado, y dos lacayos a cada lado con igual atavío. La carroza era toda de cedro, dorada, y adornada con cristal, salvo en el extremo anterior, que tenía paneles de zafiros, bordes de oro, y en el extremo posterior como esmeraldas de color Perú. También tenía un radiante sol de oro, en el medio de la parte de arriba, y en la delantera un pequeño querubín de oro con las alas desplegadas. La carroza estaba cubierta con paño de oro entretejido sobre azul. Tenía delante de sí cincuenta acompañantes, todos jóvenes, en amplias casacas de raso blanco hasta la media pierna y medias de seda blanca, zapatos y sombreros de terciopelo azul, con plumas de diversos colores colocadas alrededor a modo de cintillos. Justo delante de la carroza iban dos hombres con la cabeza descubierta, vestiduras de hilo hasta los pies, ceñidas, y zapatos de terciopelo azul; llevaban, uno, un báculo, y el otro una vara pastoral, como cayado; ninguno de metal: el báculo de madera de bálsamo, la vara pastoral, de cedro. No tenía ningún jinete ni delante ni detrás de su carroza, al parecer para evitar todo tumulto y dificultad. Detrás de su carroza iban todos los dignatarios y directores de las asociaciones de la ciudad.

Estaba sentado solo, sobre almohadones de una especie de excelente felpa azul; bajo sus pies tenían delicadas alfombras de seda de diversos colores, como las de Persia, pero mucho más finas. Al pasar levantaba su mano desnuda, como bendiciendo al pueblo, pero en silencio. En la calle reinaba un orden maravilloso, tanto, que jamás ejército alguno mantuvo a sus hombres en mejor formación de combate que la que guardaba el pueblo. En las ventanas tampoco había aglomeraciones, sino que cada uno se encontraba en ellas como si le hubieran colocado allí.

Cuando concluyó el espectáculo, el judío me dijo:

—No me será posible atenderos como desearía, en virtud de una comisión que la ciudad ha delegado en mí, para el festejo de esta gran persona. —Tres días después, el judío vino de nuevo y me dijo—: Debéis sentir os felices, pues el Padre de la Casa de Salomón tomó conocimiento de vuestra estada entre nosotros, y me ha mandado deciros que admitirá a toda vuestra compañía en su presencia y mantendrá una conversación privada con uno de vosotros, que habréis de elegir, y para esto ha fijado el día de pasado mañana. Y porque piensa daros su bendición, ha dispuesto que sea por la tarde.

Acudimos en nuestro día y hora señalados, y yo fui elegido por mis compañeros para la conferencia privada. Lo hallamos en una bella cámara, con ricas colgaduras, y alfombrada, y sin aparato. Estaba sentado en un trono lujosamente adornado, engalonado con un costoso paño de raso azul, bordado sobre la cabeza. Estaba solo, excepto por dos pajes de honor, uno a cada lado, finamente ataviados en blanco. Debajo llevaba las mismas ropas que cuando le vimos pasar en la carroza; pero en lugar de la túnica lucía sobre sí un manto con capa corta, del mismo fino paño negro, sujeta a su alrededor.

Cuando entramos, tal como se nos había dicho, nos inclinamos profundamente, y cuando estuvimos cerca de su silla, se levantó y extendió su mano sin guante, en forma de dar la bendición; y cada uno de nosotros se inclinó y besó el borde de su esclavina. Hecho esto se fueron los demás y yo me quedé. Entonces indicó a los pajes que se retirasen de la habitación, me hizo sentar a su lado y me habló así, en lengua inglesa:

—Dios te bendiga, hijo mío. Te daré la joya más grande que poseo, pues he de hacerte, por el amor de Dios y de los hombres, una relación de la verdadera grandeza de la Casa de Salomón. Hijo, para hacerte saber qué es verdaderamente la Casa de Salomón seguiré este orden: primero te diré cuál es la finalidad de su fundación. En segundo lugar, los dispositivos e instrumentos que tenemos para nuestros trabajos. En tercer lugar, los diversos empleos y funciones a los que nuestros miembros son asignados. Y en cuarto lugar, las ordenanzas y ritos que observamos.

»El fin de nuestro establecimiento es el conocimiento de las causas, y de los movimientos ocultos de las cosas; y el engrandecimiento de los límites del imperio humano para efectuar todas las cosas posibles.

»Los dispositivos e instrumentos son éstos: tenemos grandes y profundas cavernas de diversas profundidades, las más profundas de las cuales alcanzan seiscientas brazas y están excavadas y hechas bajo grandes colinas y montañas, de suerte que si se calcula en conjunto la profundidad de la colina y la de la caverna, algunas llegan a tener más de tres millas de profundidad, pues vemos que la profundidad de la colina y la profundidad de la caverna, desde el llano, son iguales; ambas igualmente alejadas del sol y los rayos del cielo, y del aire libre. A estas cavernas las llamamos la Región inferior y las usamos para toda clase de coagulaciones, endurecimientos, refrigeraciones y conservación de cuerpos. Las usamos también para imitar las minas naturales y producir así también nuevos metales artificiales, por combinaciones, y materiales que usamos, y los dejamos allí durante muchos años. También las usamos a veces —lo cual puede parecer extraño— para la curación de enfermedades y para prolongar la vida de algunos ermitaños que prefieren vivir allí, bien provistos de todas las cosas necesarias; y, por cierto, viven mucho tiempo, y por ellos aprendemos muchas cosas.

»En diversos terrenos tenemos enterramientos donde ponemos diversos cementos, tal como hacen los chinos con su porcelana; pero los tenemos en mayor variedad, y algunos de ellos son más finos. También tenemos gran variedad de compuestos y abonos para fertilizar la tierra.

»Tenemos altas torres, la más alta de cerca de media milla de altura, y algunas de ellas también colocadas sobre montañas altas, de modo que la elevación de la colina con la torre es, en las más altas, de tres millas, por lo menos. A estos lugares los llamamos la Región superior, considerando al aire entre los lugares altos y los bajos como la Región media. Usamos tales torres, según sus diferentes alturas y situaciones, para insolación, refrigeración, conservación, y para observar diferentes fenómenos, como vientos, lluvia, nieve, granizo y también algunos de los meteoros incandescentes. En ellas, en algunos lugares, hay moradas de ermitaños a los cuales a veces visitamos e indicamos qué observar.

»Tenemos grandes lagos, salados y de agua dulce, que usamos para criar nuestros peces y aves. También los usamos para sepultar algunos cuerpos naturales, pues observamos diferencias entre los cuerpos sepultados en la tierra o en el aire bajo tierra, y los objetos sepultados en el agua. También tenemos estanques de los cuales algunos extraen agua dulce de la salada, y otros, por medios artificiales, convierten el agua dulce en agua salada. También tenemos algunas rocas en medio del mar y algunas bahías sobre la costa, para ciertos trabajos en que se requieren aire y vapor del mar. Tenemos igualmente torrentes y cascadas que nos sirven para muchos movimientos y, asimismo, motores que multiplican y refuerzan los vientos, que también sirven para echar a andar diversos movimientos.

»Tenemos también un buen número de pozos y fuentes, que imitan baños y manantiales naturales pues están impregnados de vitriolo, sulfuro, acero, plomo, bronce, nitrato y otros minerales. Y además tenemos pequeños pozos para infusión de

muchas cosas, en los cuales las aguas adquieren la virtud más rápidamente y mejor que en vasijas o depósitos. Y entre ellas tenemos un agua que llamamos Agua del Paraíso, que —por eso la hacemos— es magnífica para la salud y la prolongación de la vida.<sup>[2]</sup>

»También tenemos grandes y espaciosas casas, donde imitamos y producimos fenómenos, como nieve, granizo, lluvia y algunas lluvias artificiales de cuerpos y no de agua, truenos, relámpagos, también generación de cuerpos en el aire, como ranas, moscas y muchos otros.

»Tenemos también diversas cámaras, que llamamos Cámaras de Salud, donde modificamos el aire como creemos bueno y apropiado para la cura de diversas enfermedades y la conservación de la salud.

»También tenemos hermosos y grandes baños de varias mezclas, para la cura de enfermedades y para restablecer el cuerpo del hombre de la rarefacción. Y otros para aumentar el fortalecimiento de los nervios, partes vitales, y el propio jugo y sustancia del cuerpo.

»También tenemos variados y grandes huertos y jardines en que no respetamos tanto la belleza como la variedad de los suelos, apropiados para los diversos árboles y hierbas; algunos son muy espaciosos y en ellos hay árboles y fresas, con que hacemos diversas clases de bebidas, aparte los viñedos. En éstos ensayamos igualmente toda clase de inoculación e injertos, tanto de árboles silvestres como de frutales, lo cual produjo muchos efectos. En los mismos huertos y jardines hacemos artificialmente que los árboles y las flores maduren más temprano o más tarde que como corresponde y que crezcan y se reproduzcan más rápidamente de lo que lo hacen de forma natural. Los hacemos también, artificialmente, de mucho mayor tamaño de lo que son por naturaleza, y sus frutos mayores, más dulces y de diferente sabor, olor, color y forma que los naturales. Y muchos de ellos tienen uso medicinal.

»Tenemos también medios para hacer crecer diversas plantas sin semillas, por mezcla de tierras, e igualmente para hacer desarrollar plantas nuevas, diferentes de las comunes, y para hacer también que un árbol o planta se convierta en otro.

»También tenemos parques y encierros de todas clases, para pájaros y bestias, que no sólo usamos para verlos o por rareza, sino también para disecciones y experimentos, para iluminarnos en lo que pueda ser trabajado en el cuerpo humano. De este modo observamos muchos efectos extraños, como la continuación de la vida, aunque diversos órganos, que vosotros consideráis vitales, se les hayan quitado; la vuelta a la vida de algunos que parecían muertos, y cosas por el estilo. Probamos también todos los venenos y otros medicamentos, tanto de cirugía como físicos. También los hacemos artificialmente más grandes o altos de lo que son los de su especie; o, de modo contrario, los empequeñecemos y suspendemos su crecimiento. Los hacemos más fecundos y productivos de lo que es su especie por el contrario, estériles e infecundos. También hacemos que cambien de color, forma, actividad, de muchas maneras. Hallamos los medios para hacer mezclas y cruces de diferentes

tipos, que han producido muchas especies nuevas, y no estériles, como es la opinión general. Obtenemos —de la putrefacción— cierto número de serpientes, gusanos, moscas, peces, algunos de los cuales llegan —en efecto— a ser criaturas perfectas, como bestias y pájaros, y tienen sexo, y se propagan. Tampoco hacemos esto al azar, sino que sabemos de antemano de qué sustancia y mezcla van a surgir tales criaturas.

»También tenemos lagunas en las cuales experimentamos sobre peces, como antes hemos dicho de los pájaros y bestias.

»También tenemos lugares para la cría y reproducción de esas especies de gusanos y moscas que tienen una utilidad especial, tales como son para vosotros el gusano de seda y las abejas.

»No te detendré con la enumeración de nuestras cervecerías, panaderías y cocinas, donde se hacen distintas clases de bebidas, panes y carnes, raros y de especiales efectos. Tenemos vinos de uva, y bebidas de otros jugos de frutas, de granos y de raíces, y de mezclas con miel, azúcar, maná y frutas secadas al sol y cocidas. También de las resinas que destilan los árboles, y de la pulpa de caña; y estas bebidas son de distintas soleras, algunas de edad o duración de cuarenta años. También tenemos bebidas elaboradas con varias hierbas, raíces y especias, y hasta con diversas pulpas y carnes blancas, de ahí que las bebidas sean, como son, tanto bebida como carne, así que muchos, sobre todo los viejos, desean vivir de ellas, con poco o nada de carne y pan. Y, sobre todo, nos esmeramos en obtener bebidas de sustancias extremadamente sutiles para que puedan introducirse en el cuerpo sin que produzcan ningún picor, irritación o incomodidad, a tal grado que algunas, puestas sobre el dorso de la mano, la atraviesan a poco que estén allí, y llegan a la palma, y sin embargo son suaves al paladar. Tenemos también aguas que maduramos en tal manera que se vuelven nutritivas, de suerte que constituyen excelentes bebidas, tanto, que muchos no quieren tomar otras. Los panes los tenemos de diferentes granos, raíces y semillas, y también de carne y de pescado seco, con diversas clases de levaduras y condimentos, de modo que algunos abren en extremo el apetito. Algunos alimentan tanto que muchos viven de ellos, sin ninguna otra comida, y viven mucho tiempo. Respecto a las carnes, tenemos algunas tan suavizadas y maceradas, sin que por ello se corrompan en absoluto, que un débil calor del estómago las convierte en buen quilo, como lo haría un fume calor con carne preparada de otra manera. Tenemos también algunas carnes, panes y bebidas que ingeridas por los hombres les permite hacer largos ayunos, y otras que al usarlas vuelven la propia carne del cuerpo humano sensiblemente más dura y flexible y su fuerza mucho mayor que lo sería de otra manera.

»Tenemos dispensarios, o tiendas de medicinas. Pues, como podéis imaginar, si tenemos tal variedad de plantas y criaturas vivientes, más que las que vosotros tenéis en Europa —pues conocemos lo que tenéis— así también los elementos, drogas e ingredientes de las medicinas deben existir de modo igual en una variedad mucho mayor. Las tenemos también de distintos añares y largas fermentaciones, y para

prepararlas, tenemos no sólo toda clase de exquisitas destilaciones y separaciones, y especialmente por calores suaves y filtraciones a través de diversos coladores y hasta de determinadas sustancias, sino también formas exactas de composición por las cuales se incorporan como si fueran simples y naturales.

»Tenemos también diversas artes mecánicas que vosotros no poseéis, y materiales que hacen, como papel, lino, sedas, tejidos, delicados trabajos de plumas de maravilloso brillo, excelentes tinturas y muchas otras cosas, y también tiendas, tanto para las cosas que no son de uso corriente entre nosotros, como para las que lo son, pues debes saber que muchas de las cosas antes dichas se han divulgado por todo el reino; pero, aunque fueron fruto de nuestra invención, conservamos de ellas modelos y principios.

»Tenemos también gran variedad de hornos que mantienen gran diversidad de calores: rápidos y violentos, fuertes y constantes, suaves y tibios, arrebatados y tranquilos, secos, húmedos y más. Pero sobre todo, tenemos calores que imitan el calor del sol y de los cuerpos celestes, sujetos a diversas desigualdades, que —como si fueran orbes— aumentan y se reducen, y por donde producimos admirables efectos. Además, tenemos calor de estiércol y de vientres y estómagos de criaturas vivientes, y de su sangre y cuerpos; de pajas y hierbas puestas sobre la humedad, de la cal viva, y cosas por el estilo. También tenemos, asimismo, instrumentos que generan calor sólo por movimiento y aun lugares para fuertes insolaciones; y lugares bajo tierra que, natural o artificialmente, producen calor. Estos distintos calores los usamos según lo requiera la naturaleza de la operación que proyectemos.

»También tenemos cámaras de perspectiva, donde hacemos demostraciones de todas las luces y radiaciones, y de todos colores; y de cosas incoloras y transparentes podemos representarles a vosotros todos los colores, no en arco iris, como con las gemas y prismas, sino cada uno por separado. También representamos todas las multiplicaciones de la luz, la cual llevamos a gran distancia y a hacerla tan penetrante como para discernir pequeños puntos y líneas, y también todas las coloraciones de la luz; toda clase de ilusiones y engaños ópticos, en figuras, tamaños, movimientos y colores; y toda demostración en cuanto a sombras. Encontramos, asimismo, diversos medios, desconocidos por vosotros, para producir luz a partir de distintos cuerpos. Procuramos medios para ver objetos lejanos, como en el cielo o en lugares remotos, y también representamos cosas cercanas como lejanas, y las lejanas como cercanas, haciendo distancias fingidas. Tenemos también auxiliares visuales muy superiores a las gafas y lentes comunes. Tenemos también lentes y medios para ver pequeños y diminutos cuerpos pequeña y distintamente, como las formas y colores de pequeñas moscas y gusanos, granos y hendeduras en las gemas, que de otra forma no pueden ser vistos, observaciones de la orina y de la sangre no visibles por otros medios.

»Hacemos arco iris artificiales, halos y aureolas alrededor de la luz. Presentamos también toda forma de reflexiones, refracciones y multiplicaciones de los rayos visuales de los objetos.

»Tenemos también piedras preciosas de todas clases, muchas de ellas de gran belleza y para vosotros desconocidas; igualmente cristales; y vidrios de diversas clases, y entre ellos algunos de metales vitrificados y otros materiales, aparte de aquellos de los que vosotros hacéis el vidrio. También cierto número de fósiles y minerales imperfectos, de los que carecéis. Asimismo piedra imán de prodigiosa virtud, y otras piedras raras naturales y artificiales.

»Tenemos también cámaras de sonido, donde practicamos y demostramos todos los sonidos y cómo se generan. Tenemos armonías que vosotros no tenéis como una cuarta de sonido y aún más pequeñas. Diversos instrumentos musicales igualmente desconocidos para vosotros, algunos más dulces que cualquiera de los que tenéis, junto con campanas y campanillas que son delicadas y suaves. Producimos sonidos débiles como fuertes y graves; igualmente fuertes atenuados y agudos. Hacemos diversas tremolaciones y trinos de sonidos que originalmente son continuos.

»Representamos e imitamos todos los sonidos y letras articulados y las voces y notas de bestias y pájaros.

»Tenemos ciertos auxiliares que, colocados en la oreja, aumentan grandemente la capacidad auditiva. Tenemos también varios ecos extraños y artificiales que reproducen muchas veces la voz, como si la rebotaran; y otros que devuelven la voz más fuerte de lo que llegó; otros más agudos y otros más graves; incluso algunos que vuelven la voz con diferencias en las letras o sonidos articulados que recibieron. Tenemos también medios para conducir el sonido por tubos y conductos, en extraordinarias direcciones y distancias.

»Tenemos también un local de perfumería, al cual añadimos prácticas sobre el gusto. Multiplicamos los olores, lo cual puede parecer extraño. Imitamos los olores haciendo que todos ellos los exhalen otras mezclas que aquellas que los producen. Asimismo hacemos diversas imitaciones del gusto, tales que podrían engañar el de cualquier hombre. Y este establecimiento contiene también una pastelería en la que hacemos toda clase de dulces, secos y líquidos, y varios vinos agradables, leche, caldos y ensaladas, en variedad mucho mayor que los que vosotros tenéis.

»También tenemos fábricas de máquinas en las que son preparadas máquinas e instrumentos para toda suerte de movimientos. Allí probamos y practicamos movimientos más veloces que cualquiera de los vuestros, ya sean por los mosquetes o por cualquiera máquina que poseáis. Y para hacerlos y multiplicarlos más fácilmente y con poca fuerza mediante ruedas y otros medios, más fuertes y potentes que los vuestros, aventajando a vuestros cañones y basiliscos. También presentamos piezas de artillería, instrumentos de guerra y máquinas de toda clase; e igualmente, nuevas mezclas y composiciones de pólvora, fuegos fatuos que arden en el agua, e inextinguibles. También fuegos artificiales de toda clase, tanto para usarse, como por mero placer. Imitamos también el vuelo de las aves, y tenemos condiciones para volar por el aire. Tenemos barcos y botes para ir bajo el agua, y atravesar los mares. También hay cinturones para nadar, y soportes. Tenemos diversos y curiosos relojes,

y otros, como movimientos de retroceso y algunos de movimiento continuo. Imitamos también los movimientos de las criaturas vivientes por medio de figuras de hombres, bestias, aves, peces y serpientes. Tenemos también gran cantidad de otros variados movimientos, de extraordinaria regularidad fineza y sutileza.

»Tenemos también un establecimiento de matemáticas, donde son representados todos los instrumentos, de geometría y de astronomía, exquisitamente realizados.

»Tenemos también casas de ilusiones de los sentidos, donde representamos toda especie de tipos de prestidigitación, falsas apariciones, imposturas e ilusiones, y sus falacias. Desde luego creeréis que nosotros, que tenemos tantas cosas verdaderamente naturales que producen admiración, podríamos en un mundo de singularidades engañar los sentidos, si disfrazáramos aquellas cosas y nos esforzáramos en hacerlas más milagrosas. Pero odiamos imposturas y mentiras; tanto, que hemos prohibido severamente a todos nuestros miembros, bajo pena de ignominia y multas, que muestren alguna cosa u obra natural, adornada o aumentada, sino como es en su pureza y sin afectación de maravilla.

»Estás son, hijo mío, las riquezas de la Casa de Salomón.

»En lo que respecta a los diversos empleos y oficios de nuestros miembros, tenemos doce que viajan a países extranjeros, en naves con banderas de otras naciones —pues ocultamos la nuestra—, que nos traen libros, resúmenes y modelos de los experimentos de todo el mundo. A éstos los llamamos Mercaderes de la luz.

»Tenemos tres que recogen los experimentos que están en todos los libros. A éstos llamamos Depredadores.

»Tenemos tres que recogen los experimentos de todas las artes mecánicas; y también de las ciencias liberales; y también de prácticas que no se incluyen en las artes. A éstos llamamos Hombres del Misterio.

»Tenemos tres que ensayan nuevos experimentos, tal como les parece bien. Estos son los Exploradores o Mineros.

»Tenemos tres que ordenan los experimentos de los cuatro anteriores por títulos y materias, para mejor iluminar la extracción de observaciones y axiomas a partir de ellos. A éstos llamamos Compiladores.

»Tenemos tres que se consagran al análisis de los experimentos de sus compañeros e intentan sacar de ellos cosas útiles y prácticas para la vida del hombre, y conocimiento tanto para las obras como para la simple demostración de causas, medios de adivinación natural y de fácil y claro descubrimiento de las virtudes y partes de los cuerpos. A estos miembros llamemos Donadores o Bienhechores.

»Luego, después de varias reuniones y consultas de todos nosotros, para estudiar los trabajos y compilaciones anteriores, tenemos tres que cuidan —a partir de ellos— de dirigir nuevos experimentos, más luminosos, profundizando más en la naturaleza que los anteriores. A éstos llamamos Lámparas.

»Tenemos otros tres que ejecutan los experimentos —así dirigidos— y dan relación de ellos. A éstos llamamos Inoculadores.

»Por último, tenemos tres que elevan los anteriores descubrimientos, por experimentos, a grandes observaciones, axiomas y aforismos. A éstos llamamos Intérpretes de la naturaleza.

»También tenemos —como debes pensar— novicios y aprendices, para que no falte sucesión a los hombres anteriormente empleados, aparte de gran número de sirvientes y ayudantes, hombres y mujeres. También nos consultamos cuáles de los inventos y experimentos que hemos descubierto deben publicarse, y cuáles no; y hacemos todos juramento de secreto para ocultar aquellos que pensamos conveniente mantener en secreto, aunque algunos de ellos los revelamos a veces al Estado, y algunos no.

»En cuanto a nuestras ceremonias y ritos tenemos dos galerías muy largas y bellas: en una de éstas colocamos modelos y muestras de toda clase de las más extraordinarias y excelentes invenciones; en la otra colocamos las estatuas de los principales inventores. Allí tenemos la estatua de vuestro Colón, que descubrió las Indias Occidentales; también el inventor de los barcos; vuestro monje que fue el inventor de la artillería y la pólvora; el inventor de la música; el inventor de las letras; el inventor de la imprenta; el inventor de las observaciones astronómicas; el inventor de los trabajos en metal; el inventor del vidrio; el inventor de la seda de gusano; el inventor del vino; el inventor del maíz y el pan, el inventor de los azúcares; y todos estos por tradición más cierta que la nuestra. Luego tenemos varios de nuestros inventores, de excelentes obras, las cuales, como no las has visto, sería demasiado largo hacer descripciones de ellas; y, aparte, podrías equivocarte fácilmente en la correcta interpretación de tales descripciones. Pues por cada invención valiosa erigimos una estatua al inventor, y le damos una recompensa honorable y liberal. Estas estatuas son algunas de bronce, otras de mármol y de piedra de toque; algunas son de cedro y otras maderas especiales, doradas y adornadas; algunas de hierro, algunas de plata, algunas de oro.

»Tenemos ciertos himnos y servicios, que decimos diariamente, de alabanza y agradecimiento a Dios, por sus maravillosas obras; y oraciones para implorar su ayuda y bendición, para que ilumine nuestros trabajos haciéndolos buenos y santos.

»Finalmente, tenemos giras o visitas a las diversas ciudades principales del reino, donde, al pasar, publicamos los inventos nuevos y provechosos que consideramos convenientes. Y también damos a conocer las previsiones naturales de enfermedades, plagas, enjambres de criaturas dañinas, carestía, tempestades, terremotos, grandes inundaciones, cometas, temperatura del año y otras diversas cosas; y damos consejo sobre lo que la gente debe hacer para prevenirlo y remediarlo».

Y cuando hubo dicho esto, se levantó, y yo, como se me había enseñado, me arrodillé, y él puso su mano derecha sobre mi cabeza y dijo:

—Dios te bendiga, hijo mío, y Dios bendiga este relato que he hecho. Te doy licencia de publicarlo para el bien de otras naciones, porque aquí estamos en el seno de Dios, una tierra desconocida.

Y con esto me dejó, habiendo asignado una subvención de cerca de dos mil ducados, bondad suya para mí y mis compañeros, pues dan con largueza siempre allí donde van.

*[El resto permaneció inconcluso]*



NEW ATLANTIS

- |   |   |
|---|---|
| <p>a. Wildfires burning in water<br/>         b. Engine houses to study motion<br/>         c. Ability to fly in air<br/>         d. Instruments for seeing distant objects in the heavens<br/>         e. Light intensified and thrown great distances<br/>         f. Glasses to see small bodies perfectly<br/>         g. Perspective houses to study light and color<br/>         h. Pools to strain fresh water out of salt</p> | <p>i. Gardens bearing more speedily than their nature<br/>         j. Animals bred both greater and smaller than their kind<br/>         k. Fruit much larger than its nature<br/>         l. Aids to improve hearing<br/>         m. Sound houses for studying sound<br/>         n. Sound conveyed in tubes over distances<br/>         o. Deep caves for refrigeration<br/>         p. Ships sailing under water</p> |
|---|---|

J. H. R.



FRANCIS BACON (Londres, 1561-1626). Abogado, historiador, literato, filósofo, político y hombre de ciencia, fue uno de los hombres más notables de su tiempo. Su fama llegó a ser tan grande que se le consideró el iniciador de la filosofía moderna junto con Descartes; prueba de ello es que la célebre *Enciclopedia* de la Ilustración le fue dedicada como un reconocimiento a su condición de precursor. Curiosamente, se le han atribuido las obras de Shakespeare, lo cual resulta más que improbable, pero que dice bastante de su fama, hombre siempre atractivo y rodeado por un halo de misterio.

Nacido en el Strand, cerca de Londres, el 22 de enero de 1561, fue el menor de los hijos de *sir* Nicholas Bacon, guardasellos de la reina, y de Anna Cook, mujer de gran cultura y profundamente religiosa. Asistió al Trinity College durante un par de años y luego su padre lo envió a Francia, donde estuvo bajo la protección de *sir* Amyas Paulet, embajador inglés en aquel país.

De regreso a Inglaterra, ingresó en la escuela de jurisprudencia Gray's Inn, recibéndose de abogado en 1582. Inicia su brillante carrera política al ser designado miembro de la Cámara de los Comunes en 1584; sin embargo, como adoptó una posición crítica ante la corte, no desempeñó cargos importantes sino una vez fallecida la reina Isabel, quien nunca vio con buenos ojos su actitud independiente.

El sucesor al trono, Jacobo I, nombró a Bacon fiscal del reino y posteriormente consejero privado, papel que desempeñó de forma admirable, granjeándose la

confianza del monarca, quien acabó por otorgarle el más alto puesto en la corte: canciller del reino.

Tal vertiginosa trayectoria no dejó de suscitar envidias a su alrededor, envidias que Bacon habría de pagar muy caro: tres años después de su nombramiento como canciller fue sometido a juicio acusado de soborno y abuso de autoridad. Declarado culpable, fue despojado de todos sus cargos y provisionalmente encarcelado en la Torre de Londres. Así concluyó la actividad política de este hombre notable, pero inició entonces sus estudios filosóficos y científicos que le darían renombre universal. En cuanto recobró su libertad se retiró a sus posesiones de Highgate, que ya no abandonaría, dedicándose el resto de su vida a labores intelectuales.

Su obra comprende numerosos títulos que, aparte de su valor científico y filosófico, le han asegurado un lugar de privilegio en la literatura. Redactó la mayoría de sus libros en latín, como era costumbre hacerlo en todos los tratados, pero escribió algunos en inglés no menos interesantes. Entre estos últimos merece destacarse el texto utópico *Nueva Atlántida*, parecido poco después de la *Ciudad del Sol*, de Tommaso Campanella.

Su pensamiento filosófico no presenta grandes innovaciones, siguiendo en sus razonamientos a su compatriota del mismo apellido, Roger Bacon, quien había formulado la aplicación del método deductivo y enfatizado la importancia de la comprobación experimental por encima de los valores teóricos.

En su obra capital, *Novum Organum*, expuso una nueva lógica, en contraposición a la aristotélica, rechazando las demostraciones silogísticas en favor de las comprobaciones experimentales. Pero a pesar de su pasión por las ciencias, Bacon fue ante todo un humanista en busca de la Nueva Atlántida.

La muerte le sorprendió el 9 de abril de 1626, mientras se dedicaba a la redacción del amplio repertorio científico *Selva de selvas*, publicado póstumamente en 1627.

# Notas

[1] En *Utopía*, de Tomás Moro. <<

[2] Véase la similitud con el «secreto» de *La Ciudad del Sol*. <<